

## **Xaos de la Clínica Analítica**

---

### **Grupo de Investigación**

Bibiana Álvarez Maradini

El torbellino y el sentido 

A parir del trabajo que Belena presento en el ante último encuentro de este grupo de investigación *Xaos de la Clínica Analítica*, me surgió una pregunta que me gustaría pensar con uds.

¿Puede un lapsus, una distracción, un acto del analista ocasionar un cambio en el rumbo, en el sentido del devenir de un análisis?

Para hacerlo tomo prestado el recorte de un caso que Anne Dufourmantelle presenta en su libro *El Elogio del Riesgo*.

*Ella no había parado de hablar y de llorar. Sus palabras desaparecían en su llanto y todo salía revuelto, borroso, con una impresión de atolladero inverosímil. De papilla dulce y empalagosa. Se recostaba en el diván y hablaba casi sin respirar, hablaba de él sin parar, de la falta a reventar que él le hacía, interrumpiéndose por momentos por un segundo para decir de repente, semi-volteada hacia el analista, apoyada en un codo, “no puede comprender, todo esto no sirve de nada”, y luego se volvía a acurrucar en el terciopelo usado, voz alocada. Hablaba de ese hombre que la había dejado por razones que ella encontraba absurdas, y no obstante decía que no volvería, que lo irrisorio mismo de esa razón hacía el reencuentro imposible, que todo se había echado a perder, definitivamente. Nada más era imaginable.*

*En esa ruptura, ella era pura reverberación del dolor de la falta. Las sesiones transcurrían así hasta que un día, el psicoanalista notó en su ventana una paloma torcaz de una belleza particular. Se absorbió en la contemplación del pájaro mientras transcurrían el sufrimiento de ella y la imposible sutura de ese amor destrozado. Fue por eso que no oyó las últimas palabras pronunciadas.*

*A partir de allí, ella se quedó callada. Este silencio brusco lo perturbó.*

*Rápidamente buscó reconstituir lo que ella había dicho justo antes, y no encontró nada. Volvió a la paloma torcaz, que había volado. Y ella no lloraba,*

no decía nada.

*Petrificado, ya no se atrevía a mirarla. Sobrenatural era ese silencio. Pero, ¿qué había dicho, por fin, que hubiera podido acabar con esa ventisca sobre fondo de guerra perdida?*

*Se quedó, por lo tanto, en silencio él también.*

*Seis minutos pasaron, cada uno de los cuales contó triple. La torcaz ya no aparecía, el analista la acechaba como si su reaparición hubiera podido devolver a su memoria las palabras perdidas en una atención no solamente flotante, sino sobre todo desviada por un animal con un tenue ribete blanco y que sí tenía el privilegio de escaparse arriba de los techos.*

*“Ya no me amaba, creo”.*

*Su voz ya no era la misma. Parecía emergida de una inmensa tristeza, acarreado con ella un fondo de llanto blanco pero claro, articulado, preciso.*

*—Lloré un fantasma, un amor que ya no existía. Hubiera muerto por él. Traía en los bolsillos piedras para ahogarme. Mire, conservé una.*

*Sacó de su bolsillo un guijarro de talla mediana, un poco irregular, como los que se encuentran en Bretaña, gris claro y blanco. “Tengo muchos de estos, ¡oh!, tal vez no hubiera sido suficiente, pero con el frío y la noche, ¿verdad? ¿A quién habría dado todo ese amor, podría decírmelo?”*

*El analista anonadado apenas osa respirar, le cuesta trabajo creer lo que oye, no reconoce nada, es como una frecuencia prohibida en radio, con señales acústicas desconocidas. Esta mujer, su paciente desde hace nueve años, ya no sabe quién es... Repentinamente todo está borrado, su historia, sus llantos, su pasión loca y devoradora que no la dejaba vivir. Él sólo piensa que el pájaro ya no volverá, que ella tampoco; que no entendió nada, no oyó nada. Que algo inaudito pasó en ese lapso –¿unos minutos, segundos?– en el que se ausentó en la contemplación del pájaro. Que la palabra a veces puede voltearse de repente, y con ella la libertad.*

Nos dice Michael Serres:

*Tanto el mundo como los objetos, tanto los cuerpos como mi propia alma están, en el instante de su nacimiento, a la deriva.*

*Todo deriva de las raíces elementales: así sucede con las palabras, esos agregados variables de átomosletras.*

Este es el origen del sentido, el relámpago que atraviesa el telón de fondo y que es un ruido de fondo. El sentido no es más que su pendiente, es el sentido de la pendiente. Él mismo es una deriva.

*Deriva*, dice el diccionario, es tener origen o proceder de algo pero también es encaminar, conducir algo que va por un cauce para hacerlo ir por otro camino.

Podemos decir, entonces, que el sentido deriva (de algo) y es un derivar (un conducir hacia otro destino).

El sentido es una bifurcación en la univocidad, nos dice Serres. El cambio de sen-

tido, por pequeño que sea, introduce un sentido.

En este recorte clínico la atención flotante del analista se escabulle por la ventana en la belleza de una paloma torcaz. Al recuperarla ya no reconoce a su paciente, algo sucedió allí, en esa ausencia fugaz. ¿Puede, esa distracción del analista, ser el relámpago que atraviesa un discurso unívoco y que permite un nuevo sentido y con él, el advenimiento de una novedad? ¿O es la repentina aparición de un real que irrumpe sin ser anunciado desbaratando la lógica que sostenía el relato?

El acto analítico es algo ligado esencialmente a la transferencia.

*Yo soy psicoanalista, dice Lacan, y en el acto psicoanalítico estoy yo mismo tomado.*

El relato de ella era caótico, todo salía borroso, revuelto, nos cuentan, aunque siempre siguiendo la misma lógica, la misma dirección que paradójicamente ordenaba esa verbosidad de palabras y de llanto. Había un sentido continuo, que la distracción parece interrumpir, produciendo un corte, introduciendo un silencio, un vacío.

*[...] este acto va a poner su sentido, dice Lacan, precisamente esto es de lo que se trata de atacar, de hacer tambalear su sentido al abrigo de la torpeza, del fallido, he aquí la intervención analítica.*

Algo sucede allí que posibilita un cambio de vía, de sentido y que permite otra escritura.

El acto analítico, como sabemos, adquiere su estatuto *après coup*, lo reconocemos por sus efectos, nunca *a priori*.

Lacan señala que [...] el acto [...] *si cobra su valor, su articulación como acto significativo, no es por cierto anunciándose, planteándose como acto, es todo lo contrario.*

*El acto analítico [...] se trata de algo así como de una conversión en la posición que resulta del sujeto en cuanto a su relación al saber.*

Aun turbada, luego del torbellino ocasionado por ese instante de silencio, de vacío, la paciente se vuelve extraña en sus propias palabras, el analista ya no la reconoce, tal vez ella misma tampoco...

La pregunta insiste. ¿Qué paso allí? Dufourmantelle dice que algo inaudito paso allí.

¿Qué es eso inaudito que causó ese torbellino sin una aparente posibilidad de anticipación, que sorprende tanto a la paciente como al analista? ¿Azarosamente se eligió esta situación para producirse?

La pendiente mas pequeña abre la vía de la existencia.

No hay hora cero, no hay origen. El instante del nacimiento es específico de cada torbellino, aquí o allá, antes o después, así es como funciona el clinámen. El origen, fragmentado, se distribuye estocásticamente en momentos y lugares inciertos, escribe Serres. Las palabras vienen después. Después de la certidumbre íntima y turbadora del aconteci-

miento, después de lo real, después del nacimiento, después de la misma muerte, siempre vienen a colocarse desfasadamente, intentan explicar a posteriori lo que no puede serlo, dar sentido a lo que tan solo da vértigo, formulan recuerdos y les imprimen una tranquilidad seguridad. Pero los recuerdos son tan evanescentes, inquietantes, inéditos, como las palabras mismas que los trazan de nuevo, todo es reinventado y esto es lo inaudito. [...] Las palabras registran nuestras coartadas, nuestra demanda de que esto sea así, nuestra necesidad de sentido, de fidelidad, de compartir, nuestra creencia de que hablamos el mismo idioma, de que las palabras por si solas podrían cambiar algo; y esto ultimo es cierto, porque la inmensa potencia de las palabras proviene de aquella emoción primera, definitiva que las liga a nuestro cuerpo.

Nuestro cuerpo que piensa, que espera, nuestros cuerpos enloquecidos y llorosos, y también a veces libres de las palabras.

Reunión del 19 de septiembre de 2020

—●— **Referencias bibliográficas**

- Serres, M: El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio.
- Lacan, J: Seminario XV. El acto psicoanalítico.
- Dufourmantelle, A.: El elogio del riesgo.